
EL SACCO DI ROMA EN DIÁLOGOS ITALIANOS Y ESPAÑOLES: APORTACIONES DE LOS DIÁLOGOS A NOTICIA A LA FANTASÍA LITERARIA RENACENTISTA

ANA VIAN HERRERO
(Madrid)

EL SAQUEO de Mayo de 1527 fue el hecho de armas, político, religioso y cultural más relevante para la historia del pensamiento occidental en la sociedad del Antiguo Régimen; afectó al conjunto de países europeos –y a sus relaciones internacionales– y preparó un cambio que transformaría la forma y el futuro de nuestro mundo: el camino a la Contrarreforma en el arte, la literatura, la espiritualidad, la política, la economía y las distintas facetas del pensamiento.

He estudiado ya en diversos trabajos la repercusión de estos sucesos en los distintos géneros de la literatura europea en prosa y en verso, las características principales de esa literatura, su adscripción genérica, su fidelidad o no al relatar los hechos acaecidos, su toma de posición y sus aportaciones ideológicas más señaladas¹. Lo que ahora me interesa es más bien

1. Véase Ana Vian Herrero, *El «Diálogo de Lactancio y un arcidiano» de Alfonso de Valdés, obra de circunstancias y diálogo literario. Roma en el banquillo de Dios*, Toulouse: Presses Universitaires de Toulouse-Le Mirail, CNRS (Anejos de Criticón nº 3), 1994; Ana Vian Herrero, «Versos europeos del Saco de Roma: subgéneros y significaciones de una poesía noticiera», *Milseiscientos dieciséis*, 10 (1996), págs. 141-152; Ana Vian Herrero, «Le Sac de Rome dans la poésie historique hispano-italienne: discours politiques et modalités littéraires» en *Les discours sur le Sac de Rome de 1527. Pouvoir et Littérature*, dir. Augustin Redondo, París: Presses de la Sorbonne Nouvelle, 1999, págs. 83-102, y Ana Vian Herrero, «Una literatura para la historia: la prosa noticiera española y europea del saqueo de Roma», *La Historia en la literatura hispánica. Studi Ispanici* [2005, en prensa]. Para cuestiones más generales, André Chastel,

considerar el saqueo como motivo literario e ideológico, sacar a la luz los vislumbres de nuevas necesidades literarias, intelectuales y creativas que,

Il sacco di Roma, 1527, Turín: Einaudi, 1983 (título original, *The Sack of Rome, 1527*, Princeton: University Press, 1983; traducción española Madrid: Espasa-Calpe, 1986); Francesco Mazzei, *Il Sacco di Roma*, Milán: Rusconi, 1986, y Marco Bardini, *Borbone occiso. Studi sulla tradizione storiografica del Sacco di Roma del 1527*, Pisa: Tipografia Editrice Pisana, 1991. Para la correspondencia e historiografía hispánica que se ocupa del suceso, véase Antonio Rodríguez Villa, *Italia desde la batalla de Pavía hasta el sacco de Roma*, Madrid: L. Navarro. 1885 y, en especial, Antonio Rodríguez Villa, *Memorias para la historia del asalto y saqueo de Roma en 1527 por el ejército imperial, formadas con documentos originales, cifrados e inéditos en su mayor parte*, Madrid: Imp. de la Biblioteca de Instrucción y Recreo, 1875: los caps. IV y V (págs. 104-384) son imprescindibles para los documentos sobre el asalto; Vicente de Cadenas y Vicent, *El Saco de Roma de 1527 por el ejército de Carlos V*, Madrid: Hidalguía - Instituto Salazar y Castro, 1974, y más recientemente Augustin Redondo, «Le Sac de Rome vu d'Espagne: les discours des historographes de Charles Quint», en *Les discours sur le Sac de Rome*, págs. 23-35. En el mundo de las imágenes, véase Daniel Arasse, «Il Sacco di Roma e l'immaginario figurativo», en *Il Sacco di Roma del 1527 e l'immaginario collettivo*, Roma: Istituto Nazionale di Studi Romani, 1986, págs. 47-59, y Pierre Civil, «Images et événements: de quelques illustrations du Sac de Rome de 1527», en *Les discours sur le Sac de Rome de 1527*, págs. 169-189. Reúno una antología de textos literarios sobre el Saco de 1527, representativos en las diversas culturas europeas, en la tercera parte de A. Vian Herreró (*El «Diálogo de Lactancio y un arcidiano»*, págs. 143-246); hay que recordar, obviamente, los estudios clásicos de Carlo Milanese, *Il Sacco di Roma. Narrazioni dei contemporanei*, Florencia: G. Barbera, 1867, de Hans Schulz, *Der Sacco di Roma. Karls V. Truppen in Rom (1527-1528)*, Halle: Niemeyer, 1894, Hallesche Abhandlungen zur neueren Geschichte, vol. XXXII, y Félix Fernández Murga, «El sacco de Roma en los escritores italianos y españoles de la época», en *Actas del Coloquio Interdisciplinar «Doce consideraciones sobre el mundo hispano-italiano en tiempos de Alfonso y Juan de Valdés» (Bolonía, Abril 1976)*, ed. Manuel Sito Alba, Roma: Instituto Español de Lengua y Literatura, 1979, págs. 39-72, junto al trabajo espléndido, de Massimo Firpo, *Il Sacco di Roma del 1527 tra profezia, propaganda politica e riforma religiosa*, Cagliari: CUEC Editrice, 1990. Véase también Juan Carlos D'Amico, «Charles Quint et le Sac de Rome: personnification d'un tyran impie ou Dernier Empereur?», en *Les discours sur le Sac de Rome de 1527*, págs. 37-47. Para la huella en Portugal, véase Anne Marie Quint, «Échos du Sac de Rome de 1527 à la cour de Jean III du Portugal», en *Les discours sur le Sac de Rome*, págs. 57-67. Algunos trabajos esenciales sobre la literatura libelística y los pasquines: H. Schulz, *Der Sacco di Roma*; Oskar Schade, *Satiren und Pasquillen aus der Reformationszeit* [1863], Hildesheim: G. Olms, 1966, 3 vols.; Karl Schottenloher, *Flugblatt und Zeitung* [1922], ed. Johannes Binkowski, Munich: Klinkhardt & Biermann, 1985, 2 vols.; Emil Weller, *Die ersten deutschen Zeitungen*, Hildesheim: G. Olms, 1971; Rolf Wilhelm Brednich, *Die Liedpublizistik im Flugblatt des 15. bis 17. Jahrhunderts*, Baden-Baden: V. Koerner Verlag, 1974, 2 vols.; Hermann Meuche & Ingeburg Neumeister, *Flugblätter der Reformation und des Bauernkrieges*, Leipzig: Insel Verlag, 1976. Los principales estudios respecto de la literatura de Maestro Pasquino, aparte muy útiles referencias en las obras citadas de A. Chastel y M. Firpo, son Domenico Gnoli, «Le origini di Maestro Pasquino», *Nuova Antologia*, 25 (1890), págs. 1-55 y Domenico Gnoli, *La Roma di Leone X*, ed. Aldo Gnoli, Milán: Ulrico Hoepli, 1938; Fernando & Renato Silenzi, *Pasquino. Quattro secoli di satira romana*, Florencia: Vallecchi editore, 1968; Claudio Rendina, *Pasquino, statua parlante. Quattro secoli di pasquinate*, Roma: Newton Compton, 1991.

en una Europa sobrecogida, emergen de forma muy singular y original en dos diálogos en prosa, rivales entre sí sin conocerse, uno español y otro italiano. Como es frecuente en situaciones históricas análogas, muchos se sintieron impelidos a escribir o a publicar, e incluso las mediocridades eran más interesantes de lo que habían sido nunca antes ni volverían a serlo después. Sin embargo, en este caso se tratará de dos obras maestras del género dialógico; se añadirá una tercera, el *Mercurio y Carón* del mismo Alfonso de Valdés, porque completa la visión de conjunto aunque no se ocupe en exclusiva de los sucesos de Mayo. No cabe olvidar que, en ámbito románico o germánico, el diálogo, el coloquio, el *Dialog* o el *Gespräch* son géneros prosísticos predilectos del momento y en plena zarabanda de producciones en varias literaturas occidentales².

La célebre división que Torres Naharro hizo de sus comedias (*a noticia* y *a fantasía*) sirve en este trabajo para resumir desde el título la tesis central³. El diálogo hispano-italiano es el género más sensible al conjunto de aspectos de la tragedia romana: políticos, históricos, religiosos, antropológicos ..., pero también literarios. Estos textos pueden, desde luego, tener intereses políticos, noticieros y de ocasión, y recibir gran parte de su fuerza de la toma de postura pasional ante un hecho histórico; o pueden tener objetivos más amplios; pero más allá de los intereses banderizos, ensayan nuevos procedimientos creativos y producen obras hermosas y singulares de alcance estético universal⁴.

Dos son las obras dialogadas que se dedican en exclusiva al examen y calificación de los sucesos de Roma, una española y otra italiana. El texto

2. El pasquín reformista resucita la vieja forma literaria del diálogo al servicio de la religión y, para influir mejor sobre las gentes, se propone «in seiner Sprache zu reden» (K. Schottenloher, *Flugblatt und Zeitung*, pág. 88), cultivando un registro lingüístico ligero, conversacional, sencillo, y una puesta en escena también ligera que añada atractivo al conjunto.

3. No en el sentido reductor habitual de *a noticia* ('experiencia') – *a fantasía* ('imaginación'), sino en el más probable y mejor contextualizado que propone Antonio Cortijo Ocaña, «Comedias *a noticia* y comedias *a fantasía*; a propósito de una curiosa terminología de Torres Naharro», en *Fantasia y literatura en la Edad Media y los Siglos de Oro*, eds. Nicasio Salvador, Santiago López-Ríos & Esther Borrego, Madrid-Frankfurt: Iberoamericana-Vervuert, 2004, págs. 145-162: *a noticia* con el sentido de «reducción de la realidad mediante una estilización estética» (pág. 158) y *a fantasía* como reescritura e invención de imágenes a partir de lecturas previas: «trabajar *a fantasía*, a partir de la capacidad de recuperación de las imágenes almacenadas en el depósito memorístico de Torres Naharro y su utilización para construir desde ellas otras nuevas» (pág. 159).

4. Para el estudio de conjunto de la prosa en contexto europeo, véase A. Vian Herrero, «Una literatura para la historia».

español es el *Diálogo de Lactancio* de Alfonso de Valdés o *Diálogo de las cosas acaecidas en Roma* (escrito y difundido en manuscrito desde el verano de 1527). El texto italiano es el *Dialogo sopra il sacco di Roma* de Francesco Vettori (1527-1529, inédito hasta 1837), ambos de gran trascendencia tanto por su valor informativo como por su calidad literaria. Los ánimos del momento estaban muy caldeados en medios oficiales, eclesiásticos y cortesanos, y la publicación del diálogo de Vettori no llegó a producirse; se conservan varias copias manuscritas en bibliotecas florentinas, todas fechables en los siglos XVI y XVII, lo que da idea de una vitalidad duradera al menos dentro de su ámbito geográfico⁵. La publicación del diálogo de Valdés estuvo rodeada de contratiempos, insidias, denuncias, etc. y se retrasó también para hacerse de modo clandestino; las censuras de Olivares de 1531 y la fecha de edición no se sabe con seguridad; no conocemos la primera redacción del texto, que el autor consultó con diversos amigos y consejeros, tachó y enmendó varias veces, y que circuló en innumerables copias por toda la Península y fuera de ella⁶.

La trascendencia ideológica del texto es grande porque se trata de la primera explicación 'imperial' de los sucesos de 1527 dada a una cristiandad

5. Me he servido del texto transcrito en A. Vian Herrero (*El «Diálogo de Lactancio y un arcidiano»*, págs. 221-231), que sigue la edición hecha por C. Milanesi, *Il Sacco di Roma*, págs. 411-467 y 462-467; véase también su introducción (págs. xxii-xxiv). La obra se incluye asimismo en Francesco Vettori, *Scritti storici e politici*, Bari: Laterza, 1972. Véase también Gianfrancesco Berardi, «Francesco Vettori», en *Il Ponte de Florencia*, 4 (30 Abril 1973), pág. 564 y *Moreana*, 43-44 (1974), págs. 191-192, y sobre todo Marina Marietti, «L'Évocation du Sac de Rome par le Florentin Francesco Vettori», en *Les discours sur le Sac de Rome de 1527*, págs. 69-81.

6. Para la biografía de Valdés, véase Miguel Jiménez Monteseirín, introd. y nota en su introducción a la ed. facsímil de Fermín Caballero, *Conquenses ilustres*, Cuenca: Ayuntamiento-Instituto Juan de Valdés, 1995, págs. ix-lxxvii. La carta de A. de Valdés a Erasmo desde Valladolid (20-VI-1527) en Erasmo de Rotterdam, *Opus epistolarum Des. Erasmi Roterdami*, eds. Percy Stafford Allen & Helen Mary Allen, 11 vols., Oxford: Clarendon Press, 1906-1947, vol. VII, pág. 92, y John E. Longhurst, *Alfonso de Valdés and the Sack of Rome*, Albuquerque: New Mexico Press, 1952, pág. 7. Véanse también las introducciones a las ediciones del diálogo de Valdés de José Fernández Montesinos (Alfonso de Valdés, *Diálogo de las cosas ocurridas en Roma*, Madrid: Espasa-Calpe, 1969, págs. xxxix-xxl y lxxviii-lxxxiii) y de Rosa Navarro Durán (Alfonso de Valdés, *Diálogo de las cosas acaecidas en Roma*, Madrid: Cátedra, 1992, págs. 19 y sigs.); cito por esta última edición. Para la carta mencionada, las vicisitudes políticas del *Lactancio* y su análisis literario véase A. Vian Herrero (*El «Diálogo de Lactancio y un arcidiano»*, págs. 69-141), que aquí resumo en sus principales conclusiones y amplío en algunos aspectos; ahorro, por tanto, por razones de espacio y para poder tratar con más detalle el diálogo de Vettori, las citas del texto valdesiano en apoyo de los razonamientos; podrán encontrarse en el mismo lugar indicado.

conmovida y amedrentada, antes de y durante el silencio embarazoso del propio Carlos V. Una vez decidido que la posición oficial sería la exculpatoria (no la contraria, también barajada por Gattinara), se trataba de preparar el engranaje justificatorio, lo que correspondió hacer a Alfonso de Valdés, uno de los principales baluartes del gabinete de Gattinara; en calidad de consejero áulico y político humanista, adoptará como argumento maestro la crítica a la política del Papado y la degeneración moral y religiosa de la curia, claves explicativas de aquel tan popular castigo providencial en el que creyó toda Europa, y en el que se detiene la segunda parte del diálogo. La única forma de atenuar el enfrentamiento con la otra institución en conflicto, el Papa, era culpar sobre todo a sus consejeros. Conviene recordarlo: el *Lactancio* se escribe cuando Clemente VII aún está preso, y se publica cuando muere Gattinara y aumenta el ascenso irresistible de Cobos⁷. Los años que rodean a la publicación del *Diálogo* y a la muerte de su autor (1532) son precisamente los más delicados, en los que Carlos V reconsidera su política internacional, inicia los gestos políticos de conciliación hacia Italia, los frailes españoles ganan posiciones y la apuesta erasmista pierde prestigio y terreno.

Francesco Vettori (1474-1539), aristócrata florentino, corresponsal y amigo íntimo de Maquiavelo, corresponsal también del banquero y tesorero del Papa –Filippo Strozzi–, es autor de varias obras, político destacado en el servicio de Florencia y miembro activo de la oligarquía medicea, pues favoreció y exaltó a los Médicis e intentó dominar los difíciles acontecimientos políticos del momento. Estuvo ausente de Florencia, al lado del Papa Clemente, y cuando volvió se hizo perseguidor de los partidarios de la república junto al Duque Alejandro, uno de los principales impulsores de la elección de Cosimo. Más tarde, decepcionado o arrepentido, tuvo un ataque de melancolía que le impedía salir de casa y murió, solitario y aislado, el 5 de mayo de 1539. Sin embargo, en los años 1527-1529, que

7. La rivalidad entre Gattinara y Cobos se inicia en 1523, fecha en que el Gran Canciller se vio apartado de la reforma financiera y de diversos asuntos de estado, comenzando aquí una serie de discrepancias con Carlos V y, sobre todo, una lucha no confesada con Cobos para controlar la maquinaria del gobierno. Algunos documentos conservados permiten inferir una imagen de Gattinara muy diferente de la del político desinteresado descrito por Brandi. La influencia de Gattinara empezó a disminuir desde 1527, fecha en que hicieron crisis esas relaciones, pero conservó el cargo de consejero mayor de Carlos en política exterior hasta su muerte. Para todo ello, véase Hayward Keniston, *Francisco de los Cobos, secretario de Carlos V*, Madrid: Castalia, 1980, págs. 96-100 y 138. Para la relación compleja Gattinara-Valdés y otros aspectos de su biografía y producción, véase Ángel Alcalá, en Alfonso de Valdés, *Obra completa*, Madrid: Turner, 1996, págs. ix-li.

son los de escritura de su *Dialogo*, su apoyo mediceo, como el de Maquiavelo o el de Francesco Guicciardini, lugarteniente general del ejército del Papa, fue decidido. Escribe cuando ya ha muerto su amigo Maquiavelo y como servidor de los Médicis, pero no por ello deja de reflejar sutilmente los que consideró errores de Clemente o de otros (Venecia, Francia, etc.), claro está que porque está escrito *a posteriori* de la rebelión florentina. En lo que atañe a los sucesos del saqueo, su versión pone el acento en los impulsos de un ejército desmandado tras unas negociaciones fallidas. Ambiciones, envidias, intrigas resuelven la vertiente política del conflicto, donde el chivo expiatorio nunca será el Emperador, sino Borbón y, si acaso, una conducta poco clara del Virrey de Nápoles, Charles de Lannoy.

Estamos, por tanto, ante dos textos extraordinarios por su trascendencia ideológica y su actualidad, contrapunto el uno del otro en muchos aspectos, y sin embargo coincidentes también en aspectos parciales muy significativos. La trascendencia literaria será, dentro de las diferencias, también comparable, ya que los dos introducen la realidad para convertirla en literatura con idéntica convicción, novedad y empeño.

I. ALFONSO DE VALDÉS, *DIÁLOGO DE LACTANCIO Y UN ARCEDIANO*

La originalidad indiscutible de la obra se fundamenta en diversos motivos: su actualidad, la riqueza de su prosa y de su lenguaje, así como la densidad en la caracterización de los interlocutores, que lejos de ser personajes abstractos y fríos, son la encarnación literaria de dos –tres si se cuenta con el portero de la iglesia vallisoletana de San Francisco en la que se desarrolla la discusión– criaturas verosímiles; también su forma satírica y el modo artístico de plantear la relación de sucesos y la argumentación sobre los mismos.

Los elementos literarios y ficticios guardan una relación estrecha con la estética generada o expresada en las distintas artes de ese momento, en torno del saco de Roma precisamente. La obra conecta con la sátira de tema antirromano que se produce en el periodo, y con su evolución; muy en particular con la actividad literaria desarrollada alrededor de la estatua de Maestro Pasquino, unido a otros influjos y estímulos, como el de la tradición lucianesca, tan presente en modelos para el autor muy queridos, como Erasmo, Pontano, o como su hermano menor, Juan. El tono antirromano de la obra y la crítica de la sociedad y de los hábitos religiosos contemporáneos sitúan al *Lactancio* en la misma línea de imitación de

Luciano que practican los seguidores del sirio de los siglos xv y xvi. El rechazo del lujo curial frente a la pobreza de los apóstoles lo relacionan no sólo con Erasmo y con las *pasquinate* antirromanas y reformistas, sino con los comentarios reformadores de los satíricos del Quattrocento italiano. También su crítica del Papado. Incluso la contraposición de valores interiores y exteriores, ausentes del samosatense, tienen contacto con el lucianismo cuatrocentista, y por supuesto con Erasmo. Cuestiones como la querrela de la paz, la condena de la hipocresía, la comparación de los hombres con bestias, o la colocación de la sátira lucianesca al servicio de los intereses españoles en Europa son temas comunes a diversos imitadores de Luciano, como Erasmo o Vives. Igual que en las obras de Luciano, el carácter crítico de los interlocutores altera las relaciones habituales de los personajes y da entrada a pasajes de lectura irónica en la obra, a la creación de la distancia, a un humor característico. A la vez, la alusión detallada a figuras contemporáneas y la catadura pro-romana y anti-romana de los interlocutores, la estructura polémica⁸, relacionan la obra de nuevo con las *pasquinate*. Como muchas obras de Luciano, y como una mayoría de los escritores reformistas, sobre todo de pasquines, adopta el método de la *syncrisis* y da a su obra una estructura polémica o erística. La inclusión de chistes, facecias, *exempla* cómicos, juegos de palabras, burlas caricaturescas –sobre todo de eclesiásticos–, las notas de caracterización literaria cómica de los personajes, etc. unen al *Lactancio*, además de con Erasmo, con la tradición lucianesca de los siglos xv y xvi, incluida la de los pasquines satíricos. El estilo de la obra, alterna los párrafos declamatorios, muy retóricos, con las fórmulas idiomáticas de una lengua familiar, ligera, de tono conversacional. Tanto en su variante más coloreada como en la más castiza, se amolda a la misma tradición lucianesca, pues une al modelo latino de Erasmo el retoricismo y el «estilo ático» que el de Rotterdam y muchos otros renacentistas admiraban en la prosa de Luciano, al que siempre consideraron un estilista ejemplar.

8. No es sólo un diálogo apologético, aunque también lo sea. «Castiglione no podía mirar sin recelo el diálogo apologético, con su énfasis simplista y su falta de profundidad psicológica, su incapacidad de captar opiniones distintas de la propalada [...]», Margherita Morreale, «Para una lectura de la diatriba entre Castiglione y Alfonso de Valdés sobre el saco de Roma», en *Nebrija y la introducción del Renacimiento en España, III Academia Literaria Renacentista*, Salamanca: Universidad, 1983, págs. 65-103, en part. pág. 79, y Margherita Morreale, «Alfonso de Valdés y la Reforma en Alemania», en *Les cultures ibériques en devenir*, París: Fondation Singer-Polignac, 1979, págs. 289-295. Para la posición de Castiglione, véase también, José Guidi, «Un nonce pontifical outragé: la réponse de Castiglione à Alfonso de Valdés», en *Les discours sur le Sac de Rome de 1527*, págs. 13-21.

La paleta desplegada a través de los interlocutores da varias claves de nuevos intereses literarios. Lactancio podría haber sido un maestro pedante y poseído de la verdad, algo muy frecuente en la tradición dialógica –más aún en el diálogo militante–, pero el autor opta por suavizar, sin abandonarla, esa fórmula magistral, dibujando a un joven colérico e irónico, pasional y provocador, hábil pero con fallas⁹. El arcediano, lejos de representar a un discípulo ingenuo, es un polemista renuente, co-responsable de la estructura erística del diálogo, difícil de convencer en aspectos éticos dada su corrupción de alma profunda o crónica. Representa a la clerecía española más tradicional, interesada y ultramontana, un clérigo dado a la vida regalada y alejado de la pobreza evangélica, un personaje caracterizado cómicamente, al estilo del lucianismo cristiano, tanto desde el punto de vista psicológico y argumentativo como lingüístico.

El que un «mancebo y seglar y cortesano», conocedor de Roma pero no víctima del saco, lleve la voz cantante de la reforma religiosa implica una elección argumentativa recurrente que habla del optimismo valdesiano, en la medida en que un personaje seglar, ajeno al estado clerical, puede encarnar las cualidades laicas de perfección cristiana y representar un paradigma para la educación de los laicos. Quizás por ello Lactancio tiene nombre propio y de padre de la Iglesia, mientras que su interlocutor se define sólo por su cargo eclesiástico: arcediano del Viso¹⁰. Además, el joven cortesano tiene, como los personajes lucianescos –como el Carón del otro diálogo valdesiano–, perspectiva para emitir los juicios desde lejos, a diferencia de un arcediano, incapaz de ver más allá de lo inmediato. Lactancio practica de forma constante la ironía socrática, que toma por blanco no sólo las ideas, sino también las formas de argumentar del contrincante; pero su humor es militante, incapaz de reírse de sí mismo, como sí hace su adversario.

9. Giovanni C. Rossi, «Aspectos literarios del *Diálogo de las cosas ocurridas en Roma* de Alfonso de Valdés», en *III Congreso de Cooperación Intelectual*, Madrid: Cultura Hispánica, 1958-1959, págs. 1-7, en part. pág. 3 destaca, además, la ingenuidad del arcediano y la habilidad diplomática de Lactancio. La ingenuidad del primero me parece muchas veces discutible, y en algunos momentos hay también para dudar de la habilidad de Lactancio, puesto que incurre en los mismos vicios que critica.

10. Es J. E. Longhurst, *Alfonso de Valdés*, quien recuerda que Lactancio fue el llamado por los humanistas «Cicerón cristiano» y autor de las *Instituciones divinas*. El hecho de que el arcediano no tenga nombre concreto y posea un título inexistente fue interpretado por el mismo investigador como una forma premeditada de Valdés para no comprometer a ningún eclesiástico. Véase la valoración que hacen Dorothy Donald & Elena Lázaro, *Alfonso de Valdés y su época*, Cuenca: Diputación, 1983, pág. 388 y n. 28.

El arcediano ha vivido el saco y representa la visión del experimentado y de la víctima. Es, así, informante, cronista, de Lactancio (como lo es Mercurio para Carón en el otro diálogo valdesiano y como lo es Antonio para Basilio en el diálogo de Vettori); es también contradictor sempiterno, con argumentos políticos y de experiencia. Pero su característica más sobresaliente es que no ha sido capaz de aprovechar las vivencias como vehículo de transformación ética; al contrario, la experiencia lo ha hecho miedoso, uno de los sentimientos de ridiculización más explotados por la tradición cómica. Es también cínico en lo moral, apegado a sus posesiones y a sus privilegios, prototipo del cristianismo inauténtico, exterior y ceremonial. Una manera de manifestarlo es la ironía hacia sí mismo y hacia el exterior. Su humor, a diferencia del de Lactancio, no se aplica principalmente a las formas de argumentar en la discusión, sino que sirve a la sátira social de conjunto, muy en especial a la de los asuntos eclesiásticos; pero es tanto más destacable por cuanto empezaban a no saber ni poder practicarla ya los clérigos de su tiempo, como, sin ir más allá, el tercer personaje del texto y portero de San Francisco, tan cínico como el arcediano, pero incapacitado para el humor o la autoironía. Este franciscano interrumpe de malos modos la amigable y también a ratos agría charla, porque su caracterización cómica es a la vez argumentativa. Una escena aparentemente inocente, estaría cargada de significado para los lectores coetáneos, dada la beligerancia conocida de los franciscanos –junto con los mendicantes– a las tesis de Erasmo, frente a otras órdenes (benedictinos, agustinos, bernardos, cistercienses y jerónimos) que aceptaban algunos puntos de crítica o tuvieron comportamiento más benevolente en la Asamblea de Valladolid¹¹.

La lengua de los personajes es, además de una norma de estilo, un elemento caracterizador de los interlocutores y un ingrediente armónico con el tema y la estructura polémica de la obra: el juego literario y lingüístico de la antítesis deja la voz al adversario, lo que acerca a Valdés más a los reformistas que a los medievales, aunque use muchos de sus procedimientos. La lengua es uno de los mayores hallazgos del autor, que escribe en un registro castellano lúdico e idiomático, a la manera del latín de

11. Véase J. Fernández Montesinos en su edición del *Diálogo de las cosas ocurridas en Roma*, pág. xxvii, Marcel Bataillon, *Erasmo y España*, México: FCE, 1966², pág. 237 y n. 4, y Miguel Avilés, «Erasmo y los teólogos españoles», en *El erasmismo en España*, eds. Manuel Revuelta Sañudo & Ciriaco Morón Arroyo, Santander: Sociedad Menéndez Pelayo, 1986, págs. 175-193. Insiste también R. Navarro en el prólogo a su ed. del *Lactancio (Diálogo de las cosas acaecidas en Roma*, pág. 33).

Erasmus¹². Pero, sintomáticamente, pese a ser un buen latinista, opta, en acto afirmativo, por escribir en castellano sus diálogos polémicos dirigidos a la opinión pública europea¹³.

La duplicidad de estilo practicado por los interlocutores según el momento de la controversia combina lo más artificioso y abstracto con lo más popular y casero¹⁴; sin embargo, Valdés no distingue a los personajes, más allá de tenues matices, por su forma de hablar y razonar, lo que implica voluntad de hacerlos atractivos por igual ante el lector, equiparándolos, al menos cuantitativamente, también en habilidades y gracias –incluso si sus atractivos y condiciones son distintos y el autor no es neutral–. La lengua y muchos de sus aderezos (chistes, facecias y apartes) caracterizan a los interlocutores y contribuyen de forma muy marcada a crear la distensión, la espontaneidad, la confidencia, el secreto, la sensación de improvisación, la familiaridad que se suponen inherentes a cualquier conversación realmente transcurrida, favoreciendo, así, la persuasión y el proceso argumentativo. En este aspecto, pues, el *Diálogo de Lactancio* es una verdadera obra de arte estilística además de argumentativa, y se acerca a la lengua mimética que Erasmo y otros imitadores de Luciano quisieron para sus diálogos.

La estructura del diálogo es en lo fundamental polémica o erística, no catequística. Durante toda la Reforma en Europa el tema del antagonismo que se expresa por la lucha de dos principios opuestos dominó el desarrollo de diversas artes: el grabado, la xilografía, la pintura, el teatro popular, etc.¹⁵, lo que naturalmente hunde sus raíces en la tradición medieval, pero no por ello deja de ser humanístico, e incluso de aportar elementos desconocidos en etapas anteriores. El enfrentamiento ideológico encuentra su apoyo en la figura retórica de la antítesis. Pero, hilando más fino, la argumentación

12. Véase J. F. Montesinos (ed.), *Diálogo de las cosas ocurridas en Roma*, pág. xv.

13. José Antonio Maravall, *Antiguos y modernos* [1965], Madrid: Alianza, 1986², pág. 500.

14. Margherita Morreale, «Sentencias y refranes en los diálogos de Alfonso de Valdés», *Revista de Literatura*, 12 (1957), págs. 3-14, encuentra predominio de sentencias en la primera parte de la obra, frente a los refranes, que dominan en la segunda parte. Véase también Margherita Morreale, «El *Diálogo de las cosas ocurridas en Roma* de Alfonso de Valdés: Apostillas formales», *Boletín de la Real Academia Española*, 37 (1957), págs. 395-417, en part. págs. 407-408 y recuento de figuras retóricas en págs. 416-417.

15. A. Chastel, *Il sacco di Roma*, pág. 22, y A. Vian Herrero, *El «Diálogo de Lactancio y un arcidiano»*, caps. IV y V. Esta forma caracteriza a la mayoría de los diálogos alemanes de la primera mitad del siglo XVI como demuestra Dietrich Briesemeister, «La repercusión de Alfonso de Valdés en Alemania» en *El erasmismo en España*, págs. 441-456, en part. págs. 450 y sigs.

de principios antagónicos, la estructura de *debate* (justa erística en la que cada partidario defiende encomios, concepciones opuestas y vence el orador por su superioridad dialéctica) deja progresivamente paso a la estructura argumentativa de la *discusión* (los interlocutores buscan la mejor solución y el que cede –a veces los dos ceden– se inclina ante la evidencia de la verdad). El problema mayor parece residir en cómo interpretar este fenómeno, pues la crítica literaria sobre la obra ha ofrecido las interpretaciones más dispares a las reacciones y evolución del arcediano.

Ambas partes del diálogo son en su estructura argumentativa una sucesión de *syncriseis*, análoga a la de los pasquines reformistas del periodo, en que alternan dos relaciones básicas: una es la de informante o cronista (arcediano) –cuestionador (Lactancio), donde dominan las preguntas y respuestas rápidas; otra la de maestro socrático (Lactancio)– discípulo polémico (arcediano), donde conviven el diálogo rápido, favorable al razonamiento, con el estilo lento, creador de emoción. Las dos cuentan con el protagonismo de Lactancio, bien porque es quien necesita la información de que carece o bien porque su estrategia socrática busca poner en dificultades a su adversario, obligándole a remontarse a los principios de la teoría religiosa y evangélica, a lo ideal, a lo modélico y utópico. Pero hay momentos específicos en los que al autor le interesa recalcar aspectos concretos y hace compartir punto de vista a los interlocutores que, por lo general, están enfrentados de modo irreconciliable. Esos momentos aumentan en la segunda parte y, sobre todo, al acercarse el final. La doble estrategia tiene por objetivo mostrar la condición paradójica del arcediano, de principio a fin: parece convencido en los principios políticos siempre que no rocen ni cuestionen su provecho personal. La razón es, una vez más, ideológica y argumentativa: los clérigos como el arcediano sólo pueden discutir de principios políticos y de verdades apodícticas –a condición de tener enfrente a un razonador brillante–, pero no cederán ni un ápice de sus beneficios estamentales. La transformación del arcediano, si existe, es sólo política (queda desbancado argumentativamente), pero no ética. Asoma aquí una buena dosis de pragmatismo y conocimiento de la realidad hispana por parte del autor, menos utópico de lo que parece. De hecho, el final de la obra se mantiene en un plano estrictamente político, exhortando, por boca del arcediano, a Carlos V para que se rodee de buenos consejeros y no se desperdicie ocasión tan favorable de reformar la cristiandad. Cuando Lactancio, que parece en ese momento querer ejercer como uno de esos «buenos consejeros», va a decir su opinión sobre la dirección que deberían tomar esas reformas, disuelve la charla con malos modales el portero de San Francisco. La interrupción es, naturalmente, intencional. Lactancio

había propuesto ya a lo largo de toda la discusión los principales puntos programáticos de reforma de los imperiales (el cristianismo interior, la caridad, la imitación de la vida de Cristo frente a la religiosidad exterior y ritual que impide la devoción verdadera –reliquias, imágenes, culto idólatra a los santos, misa oída sin sentimiento–, la doctrina del cuerpo místico o *philosophia Christi*, con el mensaje de concordia que le es anejo, etc.) y extenderse o concretar algunos de ellos era impensable sin comprometerse en cuestiones vidriosas o indeseadas. La promesa (retórica) de continuación, recuérdese, propone significativamente cambiar el lugar de encuentro e ir a la iglesia de San Benito. La mayoría de esos puntos tienen mucho en común con el ideario luterano y coinciden con lo que la literatura protestante del periodo desarrolla en términos artísticos; a la vez, no afectan al dogma. Es decir, el programa valdesiano se ha limitado a exponer todo aquello del ideario luterano que los erasmistas consideraban ‘negociable’ todavía en la Dieta de Augsburgo. Esta es la tesis más singular y delicada del *Lactancio*, y no el castigo ejemplar, justificación en la que Valdés coincidía con la inmensa mayoría de los que escribieron sobre los hechos romanos.

II. ALFONSO DE VALDÉS, *DIÁLOGO DE MERCURIO Y CARÓN*

El segundo texto del secretario de cartas latinas del Emperador, *Diálogo de Mercurio y Carón* (1529), pone como se sabe en escenario infernal clásico al barquero del Hades y al dios Mercurio, que interrogan a las almas de condenados (Primera parte) y de salvados (Segunda parte), para enfrentarlos en el momento supremo a un balance definitivo de sus vidas respectivas, en un instante en el que ya no valen las mentiras. Tras pasar revista al alma del mal obispo, Caronte pide al dios que reanude su historia contándole «lo que el año pasado se hizo en Roma»¹⁶. Mercurio explica sumariamente los preliminares del suceso, los que –como veremos– más interesaron también a Vettori: el asalto de los coloneses y consiguientes negociaciones hasta abandonar la ciudad santa; la llegada de los diez mil lansquenets enviados por el Rey de romanos que se suman al campo del Duque de Borbón; las hostilidades del ejército papal en Nápoles, incumpliendo la

16. Cito el *Diálogo de Mercurio y Carón* por la ed. de Rosa Navarro Durán (Alfonso de Valdés, *Diálogo de Mercurio y Carón*, Madrid: Cátedra, 1999, pág. 129) y, para el conjunto del relato, págs. 129-136.

tregua firmada con los Colonna; el camino de Roma y la nueva tregua firmada por el Virrey de Nápoles; el fracaso de Borbón para hacerla cumplir a su ejército:

Mercurio.- No era en su mano por dos respectos: el uno, como el dicho ejército no era pagado, no obedecía, y el otro, porque los alemanes estaban ya determinados de vengarse de Roma por el grande odio que le tenían.

Carón.- Debían ser luteranos (pág. 130).

Este punto, espinoso en muchos ambientes europeos, parece preocupar a Valdés, quien por boca de Mercurio organiza un desmentido de la condición luterana 'absoluta' de los lansquenets y explica el odio de Alemania a Roma por la avaricia y agravios de los pontífices; al no atender éstos a las necesidades y peticiones de esas tierras, aparecen como cómplices implícitos o pasivos de la rebeldía germana. Otra cuestión vidriosa es la que atañe a la figura del Condestable de Borbón, excomulgado ya por esos años; Caronte no perderá la posibilidad de asegurar que Borbón debió de tomar «el camino de la montaña» (el de la salvación), puesto que «no ha venido a pasar por mi barca» (pág. 131).

Mercurio tiene, como el arcediano, la experiencia directa del sacco, pero a diferencia del clérigo, él lo ha visto lucianescamente desde arriba, enriqueciendo así su perspectiva. Antes de comenzar el resumen de los hechos, con cierto sadismo risueño, ya se despacha sobre la corrupción romana y la explicación del juicio divino, viendo a la ciudad como un carrusel de valores morales invertidos:

[...] y, finalmente, me estaba concomiendo de placer viendo que aquellos pagaban la pena que tan justamente habían merecido. Mas, cuando vi algunas irrisiones y desacatamientos que se hacían a las iglesias, monesterios, imágenes y reliquias, maravíllame, y topando con San Pedro, que también era bajado del cielo a ver lo que pasaba en aquella su sancta sede apostólica, pedíle me dijese la causa dello (pág. 132).

Así se establece un diálogo de segundo grado entre Mercurio y San Pedro que tiene por objeto enfatizar las conclusiones de la política imperial. La explicación de San Pedro es la del castigo divino en bien de la cristiandad, por el instrumento de un ejército desmandado y sin consentimiento del Emperador, todo ello en contraste con la Roma evangélica que él dejó fundada (pág. 132). En lo ideológico, y se ha señalado muchas

veces, un diálogo valdesiano es prolongación y complemento del otro: los puntos esenciales desarrollados en el *Lactancio* se condensan aquí en una visión de los desmanes cometidos justificada por San Pedro desde lo alto: soldados vestidos de cardenales, despojo de templos, robo de reliquias, profanación del Santísimo Sacramento, todo ha sido permitido por Dios como indicio de que lo exterior y ceremonial se estaba sobrevalorando, en Roma, frente a lo interior y espiritual. El humo de los pleitos que llega a las narices de Mercurio y de San Pedro hace carcajearse al fundador de la Iglesia: «ríome de placer de ver destruida una cosa tan prejudicial a la religión cristiana cuanto es traer pleitos» (pág. 135). Cuando llega la hora de concretar los presumibles puntos de reforma, Mercurio pasa como sobre ascuas y, pese a la pregunta insistente de Carón, lo difiere para «otro día». El personaje de San Pedro es tan reservado como Mercurio, como Lactancio, o como el propio Valdés, para hablar de reforma; es una ambigüedad intencional bien conocida. Pero desde el punto de vista literario, la visión del saco ha servido para practicar uno de los más eficaces procedimientos de distancia: la *kataskopé* lucianesca, la observación privilegiada desde una altura que, en convención retórica extendida desde Luciano a Pontano o Erasmo, suele traer aparejada la claridad del ingenio y la verdad de juicio.

III. FRANCESCO VETTORI, *DIALOGO SOPRA IL SACCO DI ROMA*

En la literatura italiana, el *Dialogo sopra il sacco di Roma* de Francesco Vettori es, como se dijo, en más de un sentido contrapunto y rival del *Lactancio* valdesiano.

La ficción literaria y argumentativa se fundamenta aquí en la conversación de dos personajes: Antonio, como el arcediano, aunque en calidad de civil (mercader de paños), ha vivido y escapado del saco, donde ha perdido todo y, por su experiencia, puede ser cronista e informante en charla con el florentino Basilio, que lo creía muerto; la ausencia del primero de la ciudad de Florencia durante cuarenta años permite que Basilio informe a su vez de lo ocurrido en esa república y que menudeen las críticas a los aspirantes a gobernar la ciudad, o a sus gobernantes de hecho, identificando república con tiranía. Los dos interlocutores son muy cómplices y se encuentran en el mismo nivel social: son viejos amigos y mercaderes, ahora empobrecidos, que se topan en una calle de Florencia; los dos comparten asimismo función argumentativa: cada cual es cronista de lo que ignora su respectivo contertulio. En ese aspecto, no estamos ante un diálogo polémico,

sino más bien informativo –donde asoman numerosos puntos de crítica política–, con dos oradores de igual competencia cuantitativa, aunque la naturaleza de la palabra emitida sea distinta. Si bien la estructura argumentativa es menos compleja que la del *Lactancio*, hay en este diálogo algo muy destacable: los interlocutores comparten en todos los momentos punto de vista sobre las informaciones proporcionadas por cada cual y no existe protagonismo o dominio de uno sobre otro; las preguntas de cada uno son siempre matrices informativas que aseguran la continuidad. El estilo, la forma de hablar y razonar, es también una ‘civil conversación’ uniforme e igualitaria para ambos, un cabal estilo medio que no colabora a la tensión argumentativa, ya que sólo se transmiten informes, pero que puede entremezclarse con recursos típicos de la *mimesis* conversacional, como son los refranes, los intercambios espontáneos de frases inacabadas, una invitación a cenar de Basilio a Antonio, una noche en la misma casa, etc.

Valdés y Vettori recurren al mismo expediente literario inicial, frecuente también en tantas otras secuencias de apertura de muchos otros diálogos del periodo: un encuentro callejero de amigos que se han perdido de vista ofrece a la vez las coordenadas de tiempo; pero aquí el reconocimiento es automático, y lleva sus fórmulas de cortesía anejas sin jugar, como Valdés, con el truco del disfraz ni con la pareja literaria apariencia-realidad, tan rentable desde el punto de vista filosófico; es sólo –nada menos que– la situación de peligro vivida recientemente la que da intensidad al encuentro:

Basilio.- Ben sia venuto il mio Antonio.

Antonio.- Ben sia trovato Basilio.

Basilio.- Io ti avrei veduto sempre volentieri, ma molto più ti veggio di presente, perchè io tenevo per certo che tu fussi morto; perchè sono già passati sei mesi che Roma, dove tu eri, andò a sacco, e di te mai ho inteso cosa alcuna, e pensavo che tu fussi morto o di ferro, nell' entrare degl' Imperiali in Roma, o poi di peste.

Antonio.- Io ho patito tanto nella persona e nella roba, che sarebbe suto meglio per me che io fussi morto (pág. 221).

El encuentro azaroso conduce a la primera transmisión de información, donde ya se pone sobre el tablero la íntima (y luego más desarrollada) contradicción del personaje de Antonio, admirador de Clemente –al que aquí aún no se menciona– y sin embargo crítico con su gestión:

Basilio.- [...] Ma se non sei molto occupato, vorrei che parlassimo un poco insieme, perchè desidero sapere a punto come passò la ruina di Roma, e i casi che a te sono accaduti.

Antonio.- Sebbene io non ho occupazione alcuna, e sebbene io ne avessi, lascierei per te ogni faccenda; parlo malvolentieri di quello che mi ricerchi, sì perchè mi rinnova il dolore, sì perchè è di necessità il biasimare alcuni, e di quelli alli quali per le buone qualità loro porto affezione (pág. 221).

Las resistencias de Antonio a contar su experiencia del saco son, por tanto, menos retóricas que en otros casos: ya no se trata sólo, tópicamente, de eludir la vivencia de su dolor pasado, sino de que el relato obliga al personaje a enfrentarse con la imagen de una figura a quien aprecia, Clemente VII. El pasaje tiene interés, y la exhortación siguiente de Basilio es importante, puesto que, aunque Clemente siga sin ser mencionado por su nombre, no se habla de su condición de Papa, sino, para pasmo de la posteridad, de su naturaleza falible, humana y 'de tejas abajo':

Basilio.- Deh!, Antonio mio, per l' amicizia nostra antica satisfami di quanto io ti ricerco: perchè, circa al dolore, ne hai avuto tanto che non lo puoi aver maggiore; e se dannerai qualcuno, non lo dannerai per odio, ma per dirne il vero: ed è ben possibile che un uomo che abbi molte buone parti, in qualche cosa erri (pág. 221).

Antonio accede, por fin, y será el encargado de asegurar que el discurso debe ser interrumpido en caso de necesidad, lo que nos anuncia un diálogo informativo más ligero –o más compartido– que otros de su especie:

Antonio.- [...] Ma quando, per la brevità, il parlar mio non ti paressi aperto a sufficienzia, non ti sarà grave interrompermi e domandarmi di quello non intendessi (pág. 221).

Exhorto al que responderá Basilio durante el resto de la conversación, no sólo para pedir explicaciones de algo no suficientemente entendido, sino para comentar y argumentar también a su gusto, haciendo felizmente suya la corresponsabilidad de la charla. Así, mientras se encuentran en la calle tiene lugar el primer relato de Antonio, que se continúa cuando se trasladan a casa de Basilio, mientras esperan la cena. Se refieren, como se verá, los sucesos en sus datos positivos (preámbulo del saqueo y negociaciones del Virrey de Nápoles Charles de Lannoy, primer saco, amenaza de Nápoles, papel jugado por Borbón, la defensa –o más bien indefensión– de Roma a cargo de Renzo da Ceri, la indiferencia de los romanos, la peste, etc.). En todo este proceso, es significativo el planteamiento maestro, donde

vuelve a asomar una sombra sobre el comportamiento de Clemente en tan difícil coyuntura, el mismo que le censuró el campo imperial y que le recriminaron los romanos y los florentinos: su pusilanimidad, falta de firmeza e inconstancia de opinión:

Antonio.- [...] Chè hai a sapere che, come il duca di Urbino, capitano de' Veneziani e governatore, in fatto, di tutto lo esercito della lega, ritirò le genti di Milano, dove quelle erano condotte animosamente, pensando avere a dare la battaglia a quella città ed ottenerla; subito papa Clemente cascò d' animo, e cominciò a navicare per perduto, perchè conobbe che il re di Francia non faceva la guerra vivamente, e non oservava quello aveva promesso, non per volontà, ma per non potere più. Conobbe che i Veneziani cercavano di indebolire Italia, e distruggere prima la Lombardia, e poi la Toscana e Roma e il Regno di Napoli; e che avevano un capitano che gli serviva appunto secondo volevano, perchè desiderava vivere. Conobbe ancora, che gli era mancata la reputazione, e che non poteva più fare provizione di denari che bastassi a reggere tanta guerra; e benchè amassi assai la città di Firenze, amava più sè medesimo. E però, contro a quello che era di diretto contrario all' intenzione sua, cominciò a lasciarla aggravare oltre a modo di denari: e ciò fece per provare se questo rimedio bastassi, giudicando che se lui si salvava, non gli mancherebbe modo a soddisfarla de' danni patiti; e quando lui rovinassi, non gli pareva inconveniente metterla in pericolo che seco insieme andassi in rovina (pág. 221).

A la pregunta concreta de Basilio sobre la conducta del Papa, Antonio vuelve a hacer explícita su zozobra íntima, y asoma una vez más la para él dolorosa falibilidad del pontífice:

Antonio.- Come s' io giudico che facessi male! e per questo io ti dissi che malvolentieri parlavo di tal materia, per non dannare uno al quale io porto affezione e reverenzia: ma siamo tutti uomini imperfetti, e la grandezza ci fa quasi tutti deviare dal cammino diritto; e se ne potrebbero dare mille esempi; ed è verissimo quel proverbio che dice, che li onori mutano li costumi; e l'altro che dice: il magistrato fa conoscere li uomini (págs. 221-222).

Es llamativo cómo la evaluación del conjunto de la situación política no se hace aquí en discurso continuo, sino alternando la narración de hechos entre los dos interlocutores, lo que ameniza el tema y enriquece la intriga. Así, se interrumpe el relato romano y se plantea a continuación el estado

de cosas de Florencia, del que también es responsable Clemente por intermedio de su *factotum*, el Cardenal de Cortona, y del que el mejor informado, a su vez, es Basilio, que ha sido persona de su confianza y ha permanecido en Florencia todos esos años. Estamos, más allá de la crítica compartida, de nuevo ante una posibilidad de diálogo igualitario entre oradores, donde las preguntas de cada locutor son siempre matrices informativas:

Antonio.- [...] Ma seguitando il parlare, ancora che li Fiorentini spendessino assai, non fu possibile resistere agl' inganni de' Veneziani, e supplire alla povertà e inavvertenza del papa.

Basilio.- Tu di' che il papa faceva spendere a' Fiorentini? Come poteva lui, stando a Roma, e avendo già perduta la reputazione, come tu di', spingerli a spendere?

Antonio.- Tu sai che io non sono stato in questa città quaranta anni sono, nè posso saper bene il modo del governo, e tu ne puoi essere meglio informato di me, che eri sempre, secondo intendo, de' primi chiamati dal cardinale di Cortona, il quale governava qui per il papa. E so bene, se il cardinale non avessi voluto acconsentire alle inoneste domande del papa circa i denari, che il papa era costretto ad avere pazienza: però tu che sei stato qui, dimmi la causa perchè Cortona faceva questo (pág. 222).

Basilio informa sobre la situación de Florencia antes de que el nuevo gobierno se instale. No sólo buscará la forma de despegarse de los modos de gobierno de Cortona (pág. 222) sino que será buena ocasión para poner de relieve la corrupción de su administración y de los que lo han sustituido:

Basilio.- Sebbene tu hai detto che io ero de' primi chiamati da Cortona, tu hai a intendere che io e gli altri ci pascevamo di questo; ed è poco più di uno anno che, domandandomi il papa in qual cittadino Cortona più confidassi, io gli risposi, che credevo confidassi in me più che in alcuno altro; ma che di me non si fidava punto. Ed in fatto, è gran difficoltà a saper tenere lo stato di questa città, ed è necessario che chi lo tien bene, sia uomo di grande ingegno e poi sia nato e nutrito in essa: e appena ancora gli riuscirà, perchè bisogna pasca gli uomini di speranza, di cenni, di parole e di fatti; non faccia altro che investigare le inclinazioni degli uomini, per potere, quando gli vengano a parlare, accomodarsi secondo quelli, a all' uno dire delle nuove, all' altro parlare di paesi dove è stato, ad un altro de' casi e giudicii mercantili; a chi di possessioni e di cultivare, a chi di edificare, a chi di belle donne, e a chi di cacciare e uccellare. E certo, quelli che aiutano tenere lo stato in questa città, sono uomini ambiziosi, avari, rovinati, viziosi e sciocchi. Perchè li

uomini che sono alieni dall' ambizione non si travaglieranno volentieri di stato, nè come quello che hanno tenuto li Medici, nè di altro. Perchè io fo poca differenza da quello stato che molti chiamano tirannico, a questo che al presente molti chiamano popolare, ovvero repubblica; perchè in quello conosco molta servitù, e in questo ancora il medesimo: e però un uomo che non sia tenuto dall' ambizione, vorrà godere la sua quiete, nè si implicherà in uno stato pericoloso e in una repubblica turbolenta (pág. 222).

En opinión de Basilio, Cortona no ha entendido el *statu quo* de fuerzas local, o no ha sabido jugar adecuadamente con las ambiciones de los florentinos, además de sobrecargar sus finanzas:

Basilio.- [...] Il cardinale di Cortona, che era nato a Cortona e nutrito a Roma, non discorreva questa cosa appunto; e gli pareva che la grandezza dello stato consistesse in farsi obbedire, e che li magistrati non facessero cosa alcuna senza suo ordine; e pensava che in Firenze fussi un numero di cittadini i quali fussino costretti seguitare la fortuna de' Medici in ogni evento, e poterli trattare come gli pareva, e non pensava ad altro, se non di soddisfare al papa in ogni cosa, e compiacere a' cardinali, e altri prelati e signori e gran maestri, con danno o disonore della città. E benchè gli fussi ricordato che lui era mandato in Firenze per essere di quella difensore, e che aveva ancora a defendere il papa, il quale gli ne arebbe poi buon grado, non lo voleva credere, e pensava che chi glielo diceva, lo facessi per non potere sopportare quel modo di vivere. E seguitava in fare spendere la città senza discrezione; e da questa spesa procedè che l' aggravò di dua accatti, che si venderone li beni dell' arti, che si fece imposizioni a' preti: in modo che non ci restava uomo che non fussi malcontento, poichè lo amore che hanno i popoli a chi gli governa, procede tutto dall' utile, e quando quello manca, lo amore si converte tutto in odio (págs. 222-223).

Vuelve de nuevo la narración de Antonio, quien continúa describiendo muy críticamente los movimientos del Duque de Urbino; entretanto, se produce el primer saqueo de Roma por los coloneses y la huida del Papa al *Castello*, tras de lo cual se firma una paz de cuatro meses que sirve para censurar, de nuevo, la indefinición del Papa. Paralelamente, soldados italianos y suizos ocupan la tierra de los coloneses, con la insolencia propia de los soldados, según Antonio. La querrela entre don Hugo de Moncada y el Papa se produce mientras llega el refuerzo de lansquenets a la zona. El ejército papal gana terreno en Nápoles; el Virrey negocia con el Pontífice, a través de Fieramosca, por miedo al peligro que Nápoles corre y a

sabiendas de la bancarrota financiera del Papa, que no permite más movimientos (pág. 223). Una aguda y oportuna pregunta de Basilio se impone, y Antonio no desaprovechará la ocasión para salvar la imagen evangélica del Sumo Pontífice:

Basilio.- Perchè non faceva lui cardinali, come hanno fatto altri papi, stati in manco necessità e in manco pericolo che non era lui?

Antonio.- Non lo voleva fare. E veramente lo intento suo era buono, perchè non voleva vendere dignità e benefizi; e se avessi potuto fare di non entrare in guerre, arebbe fato ogni opera di ridurre la Chiesa, non voglio dire come quella primitiva, ma in modo che si sarebbe giudicato all' apparenza di fuori, che li pontefici, cardinali e altri prelati, se non potessino essere imitatori di Cristo, almanco potevano non li essere in tutto contrarii, come sono stati da molto tempo in qua (págs. 223-224).

El informe continúa y Basilio invita a su amigo a proseguir en su casa, en tanto cenan y con la perspectiva también de dormir bajo el mismo techo. El expediente es conocido en los diálogos del tiempo, un espacio privado favorable a la conversación íntima y al estilo familiar. Antonio acepta gustoso, pero solicita, a su vez, informes de su viejo amigo:

Antonio.- [...] ma ti voglio domandare di una cosa, e ti prego che mi dica il vero: Se questo vivere popolare o, per dir meglio, repubblica, ch' è ora nella città, ti piace (pág. 224).

En tanto caminan a casa, Basilio le resume con pesadumbre la ambición desmedida de todos los bandos florentinos, sin querer entrar a fondo en la materia. Mientras preparan la supuesta y esperada cena vuelve Antonio a referir los preliminares del saqueo de Roma: cómo las negociaciones entre Lannoy y el Papa fracasan ante la ambición de Borbón que, poniendo como disculpa la insaciabilidad de los soldados, solicita cada vez más dinero de un Papa arruinado y de una Florencia esquilada, continuando simultáneamente su avance hacia el sur. Antonio tiende a justificar al Virrey de Nápoles, frente a un Basilio reticente:

Basilio.- Sei tu uno di quelli semplici, che creda che il vicerè non tenessi le mani a questo trattato?

Antonio.- O semplice o astuto che io sia, io credo che gli uomini facciano quello che giudicano sia loro a proposito. Questo accordo che il vicerè aveva fatto, era molto a beneficio di Cesare, e di esso vicerè in particolare, perchè lui non poteva desiderare maggior grandezza, che godere un

regno de Napoli pacifico; e considerava che se questo esercito procedeva, sebbene era vittorioso, quel regno si empieva di soldati, e si rovinava, como era rovinato il ducato di Milano: ma se lo esercito avessi perduto, era certo di perdere ancora il Regno. [...] E credo certo che lui sia morto poi di questo dolore, perchè gli è parso che con questo accordo il papa abbia perso e Roma e Firenze, e si sia ridotto in Castello come prigionero, e lui esserne stato causa, e non poter fuggire la infamia di traditore.

Basilio.- Il medesimo stimavo io: ma alli più non si trarrebbe del capo, che il vicerè e Borbone non sieno stati d' accordo a ingannare il papa (pág. 225).

La duda sobre Lannoy queda planteada y sin respuesta, por lo que nos situamos en las antípodas del *Mercurio y Carón* o del *Lactancio* sobre este punto político concreto. Antonio refiere el avance de Borbón hasta las puertas de Roma, donde éste vuelve a exigir sumas astronómicas de dinero; insiste en la indefensión de la ciudad santa y en la incompetencia de Renzo da Ceri y Orazio Baglioni, en la falta de previsión del Papa, que no creía que pudiera atacarles un ejército sin artillería, etc.; son las explicaciones tópicas que proliferan en el campo papal y que se encuentran por doquier en la literatura noticiera del Saco, sobre todo en la italiana y, especialmente, en los *lamenti storici*. Antonio prosigue describiendo el primer ataque imperial al Borgo, la muerte de Borbón y el comienzo del saqueo tras avanzar sobre Roma sin resistencia militar de los defensores (págs. 225-226).

Si recapitulamos, en lo político, han aparecido las críticas de pusilanimidad y de política errática, de falta de fondos y de falta de prudencia de Clemente VII, con lo que Vettori retoma el mismo análisis de los hechos que había hecho en su *Sommario della istoria d'Italia* (sucesos de c. 1511-1527), redactado aproximadamente en los mismos años del *Dialogo* (1527-1529), entre la caída de los Médicis y su viaje a Bolonia como embajador florentino ante el Papa¹⁷. Antonio y Basilio son críticos con Clemente VII pero

17. M. Marietti, «L'évocation du Sac», pág. 72. Como Valdés, aunque en terreno distinto y en obra diferente (el *Sommario*), recurre al expediente de los 'avisos' a Clemente VII, pues sus actos se habían precedido desde sus años de cardenal. La primera imprudencia fue asumir por ambición una carga para la que no estaba preparado. Por otro lado, la cronología interna del texto sitúa las conversaciones de Basilio y Antonio en mayo-junio de 1528, durante el régimen 'popular' de Florencia y pese a la presencia en el gobierno de Niccolò Capponi, amigo de Vettori. Respecto de pronósticos y 'avisos' recuérdese, además de a Valdés y a Vettori, a la *Lozana andaluza* (ed. Claude Allaire, Madrid: Cátedra, 1985), donde Delicado incluyó unas 'profecías' sobre la destrucción de Roma, y a Aretino, quien en sus pasquines también fue aficionado a los pronósticos retrospectivos sobre la caída de la ciudad en los años y meses que rodearon al sacco. Véase para todo ello, A. Vian Herrero, *El «Diálogo de Lactancio y un arcidiano»*, caps. IV y VII.

se inclinan a disculparlo: hizo correr riesgos a los florentinos y los sobrecargó de impuestos hasta soportar todo el peso de la guerra, pero la verdadera responsabilidad es de Borbón. Por boca de Antonio se ha evocado la impotencia del Rey de Francia y la voluntad de dominación de los venecianos, la incapacidad del Duque de Urbino, capitán de la Liga, la deslealtad del emisario de Carlos V, Don Hugo de Moncada, etc., sucesos que desembocan en el primer saqueo de las tropas de Colonna en Septiembre de 1526. Aborda también el problema de las negociaciones de paz entre el Papa y Charles de Lannoy en abril-mayo de 1527, con las tropas de Borbón a las murallas de Roma, negociaciones fracasadas pese a haber estado a punto de firmar una paz por espacio de varios meses, por obra asimismo del doble juego de Borbón. El punto de vista de Vettori sobre este particular es el mismo de las últimas cartas de Maquiavelo: acuerdo y paz mejor que guerra, pero si no hay posibilidad de paz, es preferible entregarse a los aliados con dinero para que protejan Toscana y Florencia¹⁸. El relato de Antonio permite entrever la censura de imprevisión de Clemente, que está tan convencido de que Borbón no atacará Roma que ordena que nadie salga de la ciudad santa y que se protejan sus puertas.

Por lo que respecta a la situación de Florencia, hemos visto que la crítica se concentra en el personaje del Cardenal de Cortona, Silvio Passerini, administrador papal de Florencia en tanto los jóvenes Hipólito y Alejandro tuvieran la edad de gobierno. Basilio, como el mismo Vettori en su *Sommario*, lo hace responsable de la pesadísima política financiera y, por tanto, de acabar con el afecto natural de esa república a los Médicis¹⁹. La función argumentativa de esta censura es paralela a la que cumplen los malos consejeros del Papa en el *Lactancio* de Valdés: es una forma de atemperar la responsabilidad del Papa y también de alejar las tragedias del saco, poniendo en primer plano las querellas internas de Florencia.

18. M. Marietti, «L'évocation du Sac», págs. 74-77; también, en el *Sommario*, sobre el papel jugado por Luigi Guicciardini, hermano de Francesco, para proteger a Florencia del asalto negociando con la Liga; así, en efecto, Guicciardini orientaba a Borbón hacia Roma; su habilidad y rapidez se contrasta con la lentitud y falta de visión de Clemente VII, aunque de forma velada, pues Vettori es clementino, y está a la vez de acuerdo con la protección de Florencia que negocia L. Guicciardini.

19. Las críticas de Basilio coinciden con las que Vettori expresa en su *Sommario*. M. Marietti, «L'évocation du Sac», págs. 73-74, hace un resumen de las razones de la enemiga de la oligarquía florentina al cardenal de Cortona, la conjura contra él y los jóvenes Médicis, su expulsión de la república y la esperanza (quebrada) de los notables de establecer un régimen a su medida, la censura del régimen 'popular' como tiránico, etc.

Desde el punto de vista de la ficción literaria, la secuencia argumentativa más interesante se produce a partir de ahora en el relato del *sacco*: Antonio continúa su narración política, pero al llegar al momento central, al saqueo propiamente dicho (muerte de Borbón, entrada de las tropas en el Borgo y el Vaticano, escapada del Papa y los cardenales a Sant'Angelo, nula resistencia de los romanos al paso de las tropas del Tíber) y al alcanzar el paroxismo sacrílego, deja de hablar de sucesos militares desde el punto de vista general y colectivo, o de hechos ajenos –lo que le ocupa muy escaso espacio y no parece interesarle²⁰, para concentrarse en la vivencia imaginada de su propio asalto, el de su casa, situada en un observatorio de los acontecimientos en verdad privilegiado, nada menos que en Campo dei Fiori:

Nè ti dirò più oltre che seguissi in Roma, perche io non lo so, e mi basterà dirti quello che intervenne a me (pág. 226).

A partir de este instante, la toma y saqueo general de Roma son el fondo del paisaje y su casa el proscenio. El diálogo acoge así, en primera persona, una materia narrativa de interés trepidante, gracias a plantearse desde la peripecia personal de su protagonista concreto²¹. Comienza una forma de mundo al revés, como el del saco de Roma mismo lo fue a los ojos de tantos contemporáneos²². Antonio, el mercader de paños, todo lo ha perdido y no puede salir de Roma; no se parece por tanto a los muchos mercaderes avispados, de todas latitudes, que se enriquecieron en esos días gracias, sobre todo, al tráfico de reliquias²³. Le interesa más su pellejo. Simula así, en lo que se ha calificado como una *novella de beffa*²⁴, tener peste para escapar con vida de los saqueadores. En una ruptura más de los

20. Confróntese con posición semejante en el *Sommario* según M. Marietti, «L'évocation du Sac», págs. 77-78.

21. Se percibe una técnica similar en el relato del saqueo de Roma que hace el «barone romanesco» de Aretino, pero no desde la primera persona narrativa, pues es Nanna, narradora de segundo grado, quien refiere a Pippa la historia que el protagonista contó a una dama que lo salvó en su huida: véase Pietro Aretino, *Ragionamento. Dialogo*, ed. Giorgio Bàrberi Squarotti, Milán: Rizzoli, 1988, págs. 416-421.

22. Igual que en Valdés y, sobre todo, como en la *Lozana andaluza* de F. Delicado y en el *Dialogo* de P. Aretino. Otros testimonios reunidos en A. Vian Herrero, *El «Diálogo de Lactancio y un arcidiano»*, cap. II.

23. A. Vian Herrero, *El «Diálogo de Lactancio y un arcidiano»*, págs. 30-32.

24. M. Marietti, «L'évocation du Sac», pág. 79.

absolutismos de los comportamientos nacionales, un beguino alemán acepta la mentira y, de hecho, el falso enfermo queda bajo custodia:

[...] sendo pure in Roma molte case di peste, feci mettere alla porta la insegna della peste, ed io, avendo una bolla in una gamba portata molti mesi, la feci con il sangue rossa intorno; poi fasciatomi il capo, me n' entrai nel letto, e dissi a quel servitore tedesco dicessi a chi veniva, che ero malato di peste; e una serva fiorentina feci stare in su l' uscio della camera, afflitta e dolorosa. Ecco comincio a sentire il romore per la piazza: vengano quattro Tedeschi alla casa mia, e veduto alla porta la insegna della peste, domandarono il mio servitore, che era a sedere in sull' uscio, quello voleva dire quella insegna. Lui risponde, che al patrone della casa erano in pochi giorni morti quattro figliuoli e la donna di peste, che lui era malato nel letto. Onde loro udito questo, segnorono l' uscio con il gesso, e lasciarono uno di loro dinanzi all' uscio, e si partirono, e stettono a tornare circa quattro ore, e menarono con loro un becchino della peste tedesco, che aveva fatto lo esercizio in Roma più anni, e lo mandarono in casa a intendere come io stavo. Lui, o che mi trovassi alterato per la paura, o che giudicassi avere a trarre più profitto quando dicessi essere peste, affermò che io ero malato, ma che credeva fussi per guarire: onde loro lasciatolo quivi a mia custodia, si partirono (pág. 226).

Pero la treta es al fin insuficiente: los alemanes se dan cuenta de la superchería, lo apalean y de acuerdo con su práctica habitual según la común opinión, piden un rescate, en uno de los retratos del diálogo que cuidan con más empeño la verosimilitud de cada acto narrativo:

[...] e già erano passati quindici giorni, e io avevo fatto un parentado con quel becchino tedesco, in modo pensavo del male averne a patire manco degli altri. E mentre io mi pascevo di questa speranza, li Tedeschi tornorono una mattina, e dimandando il becchino e il servitore mio come io stavo, e l' uno e l' altro dicendo male, cominciarono a sospettare, e si missero a entrare in casa, e dipoi in camera, e togliere tutto quello vi era, e in ultimo mi poseno di taglia ducati cinquecento, li quali dicevo non potere pagare, perchè ero povero, vecchio e malato di peste. Loro cominciarono a mincciarmi, e in ultimo a battermi; di modo che io dissi, se avevo comodità di mandare fuora di Roma il mio servitore tedesco provvederei ducati trecento, di che loro si contentarono. Io simulando mandarlo a Tibuli, cavai del secreto ducati trecentocinquanta, de' quali pagai loro trecento, ed il resto mi serbai in certo luogo della casa, che malvolentieri essi poterano trovare, e finsi che il servitore me li avessi portati.

Loro vedendo che io avevo provisti li denari presto, stettero dubbii donde io li avessi auti, ed entrò loro sospetto che io non fussi ricco; e quando io credevo, avendo auto la taglia, mi lasciassino partire, loro mi tenevano, non però molto stretto (págs. 226-227).

Se ve así forzado a huir con su criado alemán a Cività Castellana:

[...] pure male mi sarei potuto fuggire, massime di giorno. Ma la notte, perchè io ero malato o lo fingevo, loro non mi guardavano, onde io presi per partito una notte partirmi. E conferito questo mio pensiero con il servitore, e pregatolo che mi volessi accompagnare, fu contento. E la notte seguente, che fu il primo di luglio, ci partimmo, e la mattina all' aprire della porta ce n' uscimmo per la porta del Popolo, e con gran fatica arrivammo la sera a Civita Castellana: e se io non avessi avuto meco questo tedesco, sarei suto preso e rubato sei volte; ma lui diceva che avevo pagato la taglia al suo patrone, e però mi accompagnava (págs. 227).

La vida allá no es fácil. En un nuevo giro sorprendente, aunque con el mismo cuidado en la verosimilitud narrativa, la *beffa* se convierte en «nouvelle au gout picaresque»²⁵; en Cività Castellana enferman, quedan confinados, obtienen permiso para irse, pero muere el benefactor criado alemán:

A Civita Castellana trovammo male da mangiare e peggio da bere, e così male da dormire. E per questo disagio, e per quello avevo preso a camminare a piedi sin quivi, o per li dolori auti in Roma, il dì seguente che io giunsi, mi prese una grandissima febbre: e venendo io di Roma, dove gli uomini morivano a migliaia, fu creduto certo fussi malato di peste, e fummo, il mio servitore ed io, serrati in una piccola stanza, e da una finestra ci era portato un poco di pane e di vino, e bisognaba pagarlo bene. La febbre andò seguitando, di modo che in capo di quindici di quelli che erano deputati sopra la peste, furono chiari che il male mio non era contagioso, e dettano licenzia a me e al mio servitore di andare per tutto. Ebbi male dua mesi, e quando fui presso che guarito, ammalò il mio servitore, e in capo di un mese morì (pág. 227).

Antonio se dirige a pie a Arezzo, a casa de un amigo que lo aloja y lo restaura. Va después a buscar a su hermano a Florencia y, enterado de que

25. Es término de M. Marietti, «L'évocation du Sac», pág. 79.

ha muerto, solicita al hijo de éste una parte de su herencia, teniendo que conformarse amargamente con vivir a costa del sobrino:

Ed io avevo speso tanto intra il male mio e suo, che delli cinquanta ducati avevo portato meco di Roma, non me ne restavano che dua: e con quelli mi partii di Civita Castellana a piè, al fine di ottobre, ed in otto giorni mi condussi a Arezzo: dove trovai un fratello di messer Pagolo Valdambriano, il quale avevo già conosciuto a Roma, e il quale mi fece carezze, e mi condusse a casa sua, dove volse che io stessi quindici di a riavermi. E lui mi dette notizia della mutazione seguita qui tanti mesi avanti, e del termine in che si trovava il papa; e generalmente di tutte le cose che andavano attorno, delle quali io ero in tutto al buio. Poi mi dette denari, e mi prestò una bestia e un contadino che mi accompagnassi; e quattro di fa arrivai qui, credendo trovare Benedetto mio fratello. E intesi che era morto lui e la sua brigata, nè era restato altri di lui che Simone suo figliuolo di età di anni ventidue, al quale è parso strano che io gli sia giunto addosso vecchio e povero: ed avendo il padre goduto sempre come suo un buon podere che abbiamo in Mugello, e la casa che abbiamo qui in Firenze, non gli pare giusto che io dica al presente volere di queste cose la metà. E in verità, che se mi fussi restato altro modo da vivere, che io non enterrei a domandargli la parte mia (pág. 227).

El relato vivencial de Antonio –que él mismo califica de «novelette» (pág. 227)– ha terminado, y con él solicita el derecho a la prometida cena –que Basilio, qué casualidad, ha olvidado ordenar–. En seguida sabemos que el propio Basilio también es pobre (pág. 228), y que ha sido desvalidado en Florencia por algunos particulares desaprensivos. Pero la cena «da poveri» (pág. 228) parece que llega –aunque no se utiliza literariamente–, y en su transcurso y a petición de Antonio, Basilio evoca por extenso la figura del Condestable de Borbón, a quien había conocido en Francia: «Io ne avevo benissimo notizia, e mi parve sempre simulatore, vario e ambizioso» (pág. 228). Cuenta el origen del Condestable y la razón de su enemistad con Francisco I, junto a los hechos más significativos de su biografía, visto con negatividad, como traidor a su rey y por tanto capaz de todos los desafueros. Es significativo que sea ésta la ‘mejor’ causalidad buscada a los hechos romanos, pues en ningún momento se menciona la culpa de Carlos V; antes bien, la única alusión que hay en el texto es al interés que el Emperador tenía en que las negociaciones del Virrey tuvieran éxito²⁶. La explicación posible es una evidencia política más: el *Dialogo* se escribe después de la

26. Véase arriba págs. 84-85, cita de la pág. 225.

rebelión de Florencia, cuando la única posibilidad de Clemente, si quiere recuperar la *Signoria*, es amigarse de nuevo con el Emperador²⁷.

La noche transcurrirá en la habitación de Basilio, donde se aprestan para dormir, y Antonio explicará las razones de su propia imprecisión sobre el castigo divino, pese a conocer las torpezas de la corte romana. Hace también (págs. 229-231) una historia de los papas desde Pablo II hasta Clemente VII —omitiendo, y no parece casualidad, a Adriano—; es la historia de la corrupción política del pontificado, razón por la cual, a la hora de buscar motivos a la catástrofe, el ‘castigo de Roma’ no podía hacerse esperar, dada la conducta de los clérigos romanos y sus cabezas visibles: simonía, venta de cargos, lujuria, abuso de poder y tiranía, homicidios de conveniencia, belicismo fogoso, expolio de grandes familias italianas, etc. ... Los papados pintados con colores más siniestros son los de los Borgia. Pasa muy rápidamente sobre el pontificado del mediceo Julio II, más sobre León X; la crónica de Clemente no es tal, pues sólo se enhebran elogios de circunstancias sin detenerse en los asuntos espinosos; todo ello para demostrar que si Roma siempre precisó castigo, no era, en opinión de Antonio, ese tiempo el más indicado y pregunta al Cielo por qué tal horror tenía que estar reservado por la Fortuna al pontificado de Clemente VII. Vettori, por la boca de Antonio, se halla escindido entre la repugnancia que le inspiran los pecados de Roma, y el sentimiento que le produce que ese castigo, tantas veces anunciado por merecido, tenga justamente que sobrevenir durante el papado de Clemente:

Fatto senza simonia, è vivuto sempre religiosamente e prudente quanto un altro uomo. Non vende li benefizi, dice ogni giorno il suo officio con devozione; alieno da ogni peccato carnale, sobrio nel bere e mangiare, dà ottimo esempio di sè. Nondimono a suo tempo sono sempre venuti a Roma e a lui tanti mali, che poco peggiori ne potrebbono venire. Sì che ti ho fatto questo discorso de' pontefici perchè tu intenda, che sebbene sempre è stato detto che i peccati di Roma meritano flagello, pure non è successo se non al tempo di questo pontefice, quando io credevo avessi manco a succedere (pág. 231).

Antes de irse a dormir, Antonio, como el arcediano de Valdés, demuestra que la vivencia sólo le ha conducido al cinismo, y sentencia en un final pragmático y no comprometido:

[...] io voglio attendere a viver questo resto che mi avanza di tempo, e non voglio dibattermi il cervello a investigar le ragioni delle cose

27. Véase A. Vian Herrero, *El «Diálogo de Lactancio y un arcediano»*, págs. 69-73.

nè voglio pensare quello abbi a essere. Viverò in su questo mio mezzo podere, goderò il meglio potrò, e te conforto a fare il medesimo (pág. 231).

Aunque no atinemos a ver dónde reside ahora su «mezzo podere» deja, eso sí, en suspenso al lector sobre todos los asuntos más importantes del papado clementino, porque Basilio también quiere interrumpir la charla para, tópicamente, reanudarla si es posible al día siguiente:

Basilio.- Io non voglio allungare più questo nostro colloquio, e voglio proviamo ancora a dormire un poco. Domattina ci leveremo, e saremo a tempo a parlare di questa materia e di altro: basta che per questa volta mi hai satisfatto in tutto quello che io desideravo (pág. 231).

Vettori lega así a la posteridad uno de los diálogos noticieros más hermosos de la literatura del momento. Ambigüedades comparables, tanto en la actitud del arcediano como en la inconcreción de Lactancio, habíamos visto en la secuencia de clausura del *Lactancio* de Valdés. Los años inmediatos al saqueo, el ambiente caldeado, llaman a los autores a desarrollar la ambivalencia, o al menos la prudente inconcreción, en aspectos o puntos esenciales de su examen de conciencia. Quizás sea no sólo cautela, sino también una estrategia para ganar en belleza, o en capacidad de sugereñcia, y perder en circunstancialidad. Introducir la realidad con estatuto literario empieza a tener ya en ese momento sus leyes.

IV. NOVEDADES DE LA IMAGINACIÓN LITERARIA

Hemos hablado de textos noticieros; y lo son, como obras cercanas a los acontecimientos, escritas al calor de los hechos. Tanto Valdés como Vettori explican los sucesos con fuentes de primera mano, escriben textos de polémica religiosa, política y humanística donde se plantea el reparto de responsabilidades, tratan de justificar, desde posiciones encontradas, lo injustificable y se proponen soluciones con distintos grados de ambigüedad. Sus puntos de vista son diversos: imperial el uno, mediceo el otro; reformista erasmiano el primero, papista –aunque reticente– el segundo. El valor ideológico, documental e histórico sigue siendo, pues, incontestable, pero topamos con obras de gran calidad estética, superior a la de la mayor parte de composiciones noticieras sobre el saqueo de Roma. Sobresale en los dos

casos el cultivo artístico del vulgar, adornándose en distintos momentos de una lengua conversacional y familiar de muy hermosa hechura; destaca la creación de caracteres complejos, poniendo en escena al menos a un personaje afectado directamente por los acontecimientos, que explica sus vivencias y los avatares de su huida; se discuten novedades de envergadura en lo histórico, lo político, lo militar, lo religioso y lo literario; aparecen formas complejas de argumentación, la elaboración satírica y paródica de la realidad, juegos elevados de ironía, etc.; los dos también, por razones diferentes, coronan la obra con un final ambiguo o abierto. Aunque se reproduce el carácter más o menos tópico de la relación de sucesos, los dos –los tres– trascienden, gracias a la ficción, las limitaciones estéticas de la materia doctrinal, religiosa, política o histórica presentada. Al margen de que se textualice la idea del castigo providencial, lo que no es patrimonio exclusivo de bando alguno en los países de Occidente, una parte importante de los hechos se recrea de forma polivalente y a veces paródica de formas literarias previas. En definitiva, se puede percibir que los intereses creadores han cambiado, que la literatura ha exigido sus derechos.

Algunas de estas aportaciones literarias son de especial magnitud: la primera persona narrativa, la memoria en boca de un testigo ocular, la transposición cómica en género y en lengua literaria, la parodia y la ética ambivalentes. Un hallazgo literario relevante es la utilización estética de la memoria dentro del diálogo, ya que las anécdotas y los personajes ficticios se representan sobre fundamentos distintos de los de la tradición narrativa. Los acontecimientos del saqueo se rememoran desde el punto de vista de los afectados, de los protagonistas del suceso, convirtiendo en materia literaria los horrores contemplados ‘desde abajo’ (el arcediano del Viso en el *Lactancio* de Valdés o Antonio en el *Dialogo* de Vettori), como vividos desde la primera persona, recurriendo a la ejemplaridad, que busca procurarse sus acentos de verdad, de realidad experimentada y concreta, y en contraste especular con la opinión del otro. O aparece la visión privilegiada ‘desde arriba’, distanciada, como la *kataskopé* lucianesca del diálogo de segundo grado entre Mercurio y San Pedro en el *Mercurio y Carón* de Valdés. En todos los casos, el saqueo de Roma representa el desorden supremo, la sinrazón que hay que explicar, y adquiere categoría emblemática y simbólica a la que se da tratamiento ideológico y literario; ha sido el escenario esperable para pintar la decadencia de una sociedad envilecida, de un mundo al revés, sin excluir en pasajes concretos la parodia de los géneros literarios solemnes.

Aparece así una nueva práctica del *prodesse et delectare* horaciano en uno de los momentos literarios más tempranamente preocupados por

definir las fronteras entre realidad e imaginación. Estamos ante una literatura defensora del carácter ético y cívico del diálogo, amiga de la paradoja, de la polémica, literatura moral y de entretenimiento, la que apreciaron la mayor parte de intelectuales y creadores en el periodo, tanto Erasmo como los principales representantes de la Reforma, sus adversarios más encarnizados, los ideólogos papistas o los numerosos y variopintos oportunistas políticos de la hora. Pero en medio del desconcierto y de la desazón, no todos fueron, como ellos, capaces de transformar en imaginación literaria, para la memoria colectiva, la desdicha general de aquel acaecer tumultuoso.